Obama, la gran esperança del somni americà

L'arribada de Barak Hussein Obama a la Casa Blanca, el 20 de gener del 2009, va significar després de la fatídica gestió del seu antecessor, George W. Bush, una alenada d'aire fresc per als EUA i per a la resta del planeta, en general. Va ser com despertar d'un malson que, en la realitat, havia convertit el món en un lloc molt més insegur que abans de les malaurades guerres de l'Afganistan i l'Iraq. El primer president negre dels Estats Units passarà a la història sens dubte pel seu lema de campanya, el repetit "Yes, we can", i per les promeses electorals que hagi complert i les que no. Els gairebé quatre anys transcorreguts han mostrat les seves clarors i les seves ombres. Es va oposar "a una guerra absurda" però els marines continuen a l'Afganistan. Va dir que tancaria Guantánamo, però encara hi és. D'altra banda segueix lluitant pels drets humans i s'ha deixat la pell en avenços socials, com la reforma sanitària. Potser el seu lema avui seria "Yes, we can, but...". Però del que no hi ha dubte és que Obama ha donat ales a les virtuts del somni americà: arribar al cim des de l'esforç i el sacrifici, malgrat excepcionalitats com la seva.

Fons de política internacional Carlos Nadal

Recull d'articles publicats per Carlos Nadal a *La Vanguardia* entre els anys 2000 i 2010

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

Las primarias de la sorpresa

Los meses finales de George W. Bush en la Casa Blanca acaban en esto: el aumento inusual en la participación activa del pueblo norteamericano para decidir quién ha de suceder al actual presidente se hace visible en uno de los periodos de elecciones primarias más apasionantes de la historia del país. Algo así como un fin de época. O mejor, el deseo de que nazca otra nueva. No parece que se trate de reponer la vitalidad del sueño americano, sino de la necesidad de devolver a la gobernación de Estados Unidos, con dignidad, el papel destacado que le corresponde, después de un fatigante, demasiado largo tiempo de errores y falsas invocaciones al patriotismo para acabar mostrando una de las caras más engañosas y decepcionantes del país.

Que ocurra así en las primarias en curso adquiere carácter de símbolo en el hecho de que el interés de la contienda se haya centrado en dos personas cuya condición de presidenciables hubiera sido impensable hace cinco, diez años: una mujer y un negro. Hillary Clinton y Barack Obama. Que los dos aspirantes a candidato se postulen para serlo por el mismo partido, el Demócrata, tiene también su carga simbólica. Centra la capacidad de apasionar en la fuerza política que ha constituido la oposición a Bush. Hasta el punto de que casi la liza se dirime entre quien aparezca más o menos situado en las antípodas político-ideológicas del actual inquilino de la Casa Blanca. Cada uno con su propio mensaje. Los años del mandato de Bush y el predominio de los *neocons* han provocado así de la manera más clara y manifiesta el rechazo del inmediato pasado. Querer colocar a una mujer o un negro en la Casa Blanca muestra la voluntad de marcar en la historia de Estados Unidos un hito muy visible. E indica un cambio de mentalidad sustancial.

El debate Obama-Clinton sitúa a Estados Unidos, ya ahora, en las antípodas del penoso periodo de Bush

Sucedió con Kennedy, el primer –y único– presidente católico. Pero ahora la posibilidad tan previsible de que una mujer o un afroamericano lleguen a la presidencia abre al futuro la necesidad de repensar qué es EE.UU., el gigante que se encuentra al borde de la recesión económica, enfangado en compromisos militares no precisamente brillantes, con cifras alarmantes de déficit y endeudamiento, cogido en la red de la economía de mercado global y sin límites que él mismo contribuyó a imponer como un dogma. Y que ha sido bien aprendido por otros. ¿Gigante de pies de barro? Nada más susceptible de conducir a juicios excesivamente condicionados.

Algo ha fallado. Pero no debe olvidarse que es una sociedad en proceso rápido de transformación. El año pasado alcanzó los 300 millones de habitantes. Es constante receptáculo de inmigrantes de la más heterogénea procedencia. También una sociedad dinámica que en estas primarias demuestra no resignarse. Un sinfín de cálculos cruzados indica que Hillary Clinton recibe mayoritariamente la adhesión de las clases trabajadoras y menos pudientes, de un sector importante de la población femenina, de la inmigración hispana y oriental. O en qué medida los blancos repartirán sus preferencias. Mientras, se acentúa la adhesión a Obama de gente de estudios superiores o de negros. Aunque mucho queda por delante para aventurar conclusiones fiables. Pero lo más estimulante es que la juventud parece estar movilizándose, interesándose. Las encuestas cifran en un 20 por ciento los jóvenes entre 18 y 29 años del cuerpo electoral. Son unos 43 millones, procedentes en un porcentaje elevadísimo de la inmigración. Basta saberlo para entender lo que ocurre.

ASTROMUJOFF

Las primarias tienen connotaciones paleodemocráticas, como otros aspectos del sistema electoral norteamericano. Pero en ellas, en su formulación abierta y en lo que tienen de informal, radica uno de los más profundos secretos de la vitalidad política de Estados Unidos. Es verdad que las primarias pueden dar pie a todo lo contrario. Constituir un formulario recurso débilmente participativo. Sin embargo, en determinados momentos cruciales como en este año se convierten en conductos por donde darle al sistema democrático un aire de colectiva apuesta por la renovación. Atrae entonces la sensación de que entra vino nuevo en odres viejos. De que la más antigua democracia del mundo no ha entrado en esclerosis. Sería ingenuo creer que esto es todo. Lo sería igualmente, sin embargo, desmerecer escépticamente lo que hay de auténtico y espontáneo en la gran fiesta nacional de las primarias.

Hay una infinidad de conjeturas sobre si lo que importa es más la capacidad de seducir que la de convencer; si representa mayormente el cambio Obama que Hillary Clinton. ¿Obama es más libre, sinceramente renovador? ¿Hillary Clinton está más ligada a los vicios políticos de Washington pero también es más experimentada? De alguna manera –posiblemente con cierta ligereza– esto pasa a segundo término. Cuenta la vibración de los *caucus*, al parecer el convencimiento muy extendido entre los norteamericanos de que el pase de página ha de hacerse sentir. Y el debate entre los dos candidatos demócratas apasiona precisamente porque responden a este deseo. En definitiva, dos opciones creíbles de que se puede cumplir un cambio de fondo en la política norteamericana.

¿En qué medida esto está presente en el bando republicano? El bullicio de las primarias demócratas, la tensión de sus dos insólitas ofertas en pugna, apaga –a lo mejor excesivamente– el interés de las republicanas. En las cuales no conviene desperdiciar el seguro y sólido paso a primer plano del senador McCain, un setentón con suficiente crédito para ser escogido por la población conservadora, ultraconservadora o simplemente neutra o independiente como amparo donde acogerse en los tiempos difíciles que Bush dejará a su sucesor. Porque también él es, a su manera, la antítesis del presidente actual.

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

¿Estados Unidos va a cambiar de piel?

Estados Unidos acaba de vivir una insólita experiencia: el curso de las elecciones primarias demócratas entre dos aspirantes a la presidencia de la República con una identidad inimaginable aún hace pocos años. Y lo que está en el aire es si la larga duración de la contienda se debe precisamente a la rareza de la opción. ¿Votar por una mujer? ¿Elegir a un negro?

Mucho se especula sobre si este planteamiento, en sí mismo, lleva la explicación. La de que estamos ante unos Estados Unidos en proceso de profundo cambio sociológico. Que el país va hacia el fin de una manera de ser, una sociedad que se ve distinta de cómo le ocurría hasta la subida al poder del segundo presidente Bush. Convencimiento que se apoya en argumentos como la llegada a la capacidad de votar de tres millones y medio de nuevos electores.

¿Son otros Estados Unidos que por algo han llegado recientemente a los trescientos millones de habitantes? Es evidente que, en parte, es así. Pero la emoción del debate entre personalidades tan distintas entre sí y tan inhabituales en cualquier pugna por la presidencia a causa de su color o su sexo ha distraído un tanto de otras cosas más directamente ideológicas y políticas como son las referidas a la distribución de la riqueza o el nuevo posicionamiento de la nación en las relaciones internacionales, especialmente la guerra de Iraq.

Claro que estos temas han estado presentes en el debate. Pero emocionalmente ha influido sin duda que quienes lo han sostenido durante tanto tiempo supongan un cambio más hondo que las propuestas políticas. Algo así como que para una parte sustancial de los norteamericanos ha dejado de ser tabú que una mujer o un negro puedan ocupar la presidencia de la nación. Es un gran "no" a las discriminaciones, a lo establecido o largamente convenido como aceptable.

Otra cosa es que esto sea plenamente así. Hasta se baraja la idea de que en las primarias se ha preferido a un hombre, aunque sea negro, que a una mujer, aunque sea blanca. Y ya se hacen cálculos de que cuando Obama llegue a la hora de la verdad, el enfrentamiento en las urnas con McCain, un buen porcentaje de demócratas votarán a favor de éste. Contra el negro.

ASTROMUJOFF

Otros motivos alegados para explicar que la candidatura demócrata se debatiera entre una mujer y un negro son de orden más político. Pero también tensamente emocionales. Sobre todo que el país ha sufrido con Bush uno de los mandatos presidenciales más desastrosos y decepcionantes. El estado de excepción y de extremos en que fue colocado Estados Unidos a causa de los atentados del 11-S lo llevó al estallido más estridente del patriotismo y a la fe encendida de que le correspondía la misión histórica de imponer la democracia y el orden moral en el mundo. Convicciones desmentidas crudamente por una sucesión de actos inicuos como una guerra ilegal de dañinas consecuencias y comportamientos contrarios a los derechos fundamentales del hombre.

Las graves distorsiones de la era Bush explican el paso al primer plano de que una mujer y un negro disputen por la candidatura a la presidencia. Y que, al fin, sea este último quien obtiene la victoria. O, mejor, quien tendrá que enfrentarse con el candidato republicano, McCain. Las primarias demócratas han dado preferencia al negro Barack Obama sobre la mujer, Hillary Clinton, Y se discute sobre si aquél ha llevado mejor la campaña que ésta. Si Obama ha sido mejor orador, más convincente como oferta de un cambio de rumbo que suponga el saneamiento y regeneración social y moral de Estados Unidos. Precisamente por lo totalmente imprevisible de su aparición como un reto a los hábitos políticos de Washington, a los círculos habituales del poder. Pero es curioso que le hayan preferido principalmente los profesionales, la gente de un cierto nivel cultural, las clases medias altas y hasta empresarios.

Contribuye a este criterio incluso la historia personal de Obama. Su juventud, la rapidez de su ascensión política desde activista social en el South Side negro de Chicago a senador del estado de Illinois y luego en el Congreso federal. Y de ahí a candidato para la presidencia. Un hombre nuevo para una política nueva. Distinto hasta por sus orígenes. Nacido en Hawái de un negro kenianos y una blanca de Kansas, posteriormente llevado a Indonesia por el nuevo matrimonio de su madre, y finalmente arraigado en Estados Unidos, graduado en Harvard. Se le ha llamado por esto "el hombre de ninguna parte", "ciudadano del mundo", "hijo de tres continentes", "encarnación de la fraternidad de los hombres". Obama ni siquiera es negro sino mulato. Y no desciende de esclavos. Escribió que la certeza de la incertidumbre no excluye la vigencia de valores fundamentales. Con lo cual se concede ancho margen interpretativo, ciertamente.

> La candidatura presidencial del negro Obama rompe un tabú histórico y abre incógnitas

La apuesta demócrata está hecha. No sin reservas. Diecinueve millones favorables a Hillary Clinton son muchos. El considerado inexperto ha vencido a la experta que vivió ocho años en la Casa Blanca como algo más que una discreta primera dama. Y ni la situación económica y social de Estados Unidos ni el laberinto de su presencia en el mundo permitirán periodos de aprendizaje. McCain ha hablado ya de la "peligrosa ingenuidad" de Obama. E ingenuo parece, por ejemplo, creer que a un presidente negro "ciudadano del mundo" le atenderá con ánimo más abierto el presidente iraní, Ahmadineyad, que acaba de decir en Roma que Israel –el "pequeño Satán"– desaparecerá del mapa y que Estados Unidos –"el gran Satán"– caerá y será destruido.

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

La gran prueba estadounidense

Las elecciones norteamericanas del próximo martes van a decidir, entre otras muchas cosas, si serán el fin de un periodo de predominio del neoconservadurismo norteamericano. El de los llamados *neocon,* que tanto han apoyado a George W. Bush y han influido en sus ocho años de mandato presidencial. Los votos dirán si la fuerza del fundamentalismo religioso, el integrismo moral y el ultranacionalismo maniqueo seguirán teniendo entre los votantes el arraigo suficiente para contribuir a la victoria de John McCain, candidato que, en definitiva, representa al Partido Republicano que ha mantenido durante dos mandatos en la Casa Blanca a George W. Bush. Si gana Obama, sin duda el cambio en este sentido será ostensible. No en vano, ahora las circunstancias económicas evocan los motivos de la victoria de Franklin D. Roosevelt en 1932.

¿Hay motivo para la comparación? En todo caso lo hay para remitirnos a la historia. A la larga divisoria que ha partido a Estados Unidos, ya desde la guerra civil (1860-1865) que abolió la esclavitud de los negros. Pero que no terminó con su segregación y discriminación, las cuales duraron prácticamente hasta los años 60-70 del siglo XX contra todos los preceptos constitucionales. Y, aún ahora, en palabras de Barack Obama, "los males actuales de la comunidad afroamericana no existen sólo en la imaginación".

La segregación racial trazó en Estados Unidos una larga y honda zanja humana e ideológica. Pero no ha sido el factor único para poder hablar de dos Américas. Una, de comportamientos conservadores –con frecuencia muy extremos y violentos– y otra más abierta y tolerante. La mentalidad conservadora se ha manifestado de maneras distintas en diversos periodos. Basta remitirse a los más destacados desde el siglo XX.

En los principios de esa centuria, motivó actitudes muy radicales de desencuentro en el inmenso país que venía de vivir y estaba viviendo las consecuencias de masivas y constantes olas de inmigración de cada vez más diversos lugares de procedencia. Ocasionó el choque de las alteridades, objeto de los estudios de Tzvetan Todorov, al que recientemente se ha otorgado el premio Príncipe de Asturias. No se trataba sólo del comportamiento de blancos frente a negros, sino, por ejemplo, de protestantes de variadas confesionalidades contra católicos, malquistos por papistas. Por lo cual, la elección a la presidencia del católico John F. Kennedy en 1960 señalaba el fin de un envenenado prejuicio.¿No vendría a establecer un hito semejante que Obama, un mulato nacido en las islas Hawái, avance alejado del territorio estadounidense en pleno Pacífico, gobernara desde el despacho Oval de la Casa Blanca?

ASTROMUJOFF

El extremismo conservador de los años diez, veinte y treinta del siglo pasado tenía también otras connotaciones de duros odios y repudios, aparte del racismo agresivo que manifestaba su más visible presencia en el Ku Klux Klan. Así ocurría con el arraigo del antisemitismo o el puritanismo de la ley seca.

En la segunda mitad del novecientos el ultranacionalismo conservador, el integrismo religioso y el racismo se alimentaron en gran medida de sentimientos de adhesión patriótica desde la Segunda Guerra Mundial y el orgullo de pasar a ser la primera potencia política, militar y económica. La idea de Estados Unidos como baluarte frente al mal, en este caso encarnado en la URSS y el comunismo. El activismo inquisitorial del senador McCarthy se cebó contra quienes podían representar de alguna manera a los Estados Unidos como abanderados de la libertad de expresión política, artística e intelectual. El liberalismo aparecía como compendio aborrecible de una izquierda que –se suponía– socavaba, paradójicamente, los principios virtuosos de los padres fundadores de la democracia norteamericana. Había en esta tendencia un rechazo visceral del *new deal* de Franklin Delano Roosevelt, que, más adelante, el neoconservadurismo en el poder de Nixon, Reagan y los dos Bush hizo cuanto pudo por desterrar a la buhardilla de los objetos obsoletos y perniciosos. El menos gobierno, menos protección social y manos libres para el mundo de los negocios adquirió casi un carácter de mandato impreso en el orden natural de las cosas. Mientras, el complejo militar industrial, contra el que se pronunció Eisenhower, así como el intervencionismo bélico y diplomático unilateral, adquirió un auge extraordinario con la presidencia de Bush.

En los años sesenta, la crisis del movimiento universitario a favor de costumbres sexuales y familiares más libres y contra la guerra de Vietnam coincidió con la lucha de los afroamericanos contra la discriminación que condujo a las leyes civiles de 1965-1967. Los asesinatos del presidente Kennedy y de su hermano Bob y del líder negro Martin Luther King fueron el vértice aparatoso y amenazador de la reacción ultraconservadora que venía gestándose desde mucho antes por el convencimiento de que el país derivaba hacia su autodestrucción moral y como nación. La supuesta gran conjura. Y fueron muchos quienes tanto desde el mundo del dinero como del intelecto y desde posturas fundamentalistas religiosas (especialmente los evangélicos) coincidieron en la creación de un vasto tejido de centros de estudio y pensamiento, institutos, fundaciones, editoriales, libros, prensa escrita, radio y televisión y universidades con el fin de gestar "la salvación" moral y política del país, dotado de un "destino manifiesto". La culminación de este descalabrado esfuerzo han sido los ocho años del mandato presidencial de George W. Bush, el *born again* (cristiano renacido) que por sus excesos y errores deja a su sucesor el fardo de un legado que, para ser desatado y puesto en orden, necesitará dosis sobradas de genio, habilidad, pragmatismo y ética de la auténtica. Porque el mundo está entrando en un túnel en el que proliferan toda suerte de sombras.

> Las elecciones del día 4 dirán, entre otras cosas, si retrocede el peso de los ultraconservadores

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

Cuando el pueblo dice basta

Hace tiempo que en Europa se ha perdido la capacidad de entusiasmo político que se ha vivido en Estados Unidos a propósito de las elecciones del pasado martes, día 4. Se concede entre nosotros más o menos credibilidad a determinados partidos, a algunos líderes. Pero lo habitual es asistir al espectáculo de una campaña electoral y a sus resultados con un discreto interés y un mucho de velado o explícito escepticismo. Entusiasmo, fe, esperanza en firme, suelen ser más bien relativos. En este aspecto es significativo cómo se ha proyectado sobre Europa la experiencia electoral norteamericana. La masiva recepción que se le ofreció en Berlín a Barack Obama mostró hasta qué punto en Europa existe necesidad de llenar un déficit de atracción política. Y que son muchos los europeos necesitados de que alguien les ofrezca la oportunidad de, al menos por un tiempo, poder creer en una figura política que representa algo nuevo de verdad.

ASTROMUJOFF

Obama se ha presentado bajo el lema del cambio. No es precisamente una innovación. En Europa es una propuesta cuyo significado llega a ser nulo de tan usada. De tan gastada, se suma a la innumerable cantidad de vocablos políticos que dejan de tener sentido. O que no suscitan ninguna atracción. Por el contrario, la palabra *cambio,* portada en pancartas por las multitudes que asistían a los discursos de Obama, recuperaba un sentido propio, atrayente, hasta convincente. El lema de Obama igual a cambio ha vendido bien. Tanto como el acierto del "Yes, we can" (sí, podemos).

Y es que son millones, una clara mayoría, los norteamericanos necesitados de creer que es posible salir del marasmo de una etapa vergonzosa en que Bush ha llevado al país al desastre económico y a dos guerras mal conducidas. La de Iraq, por si fuera poco, utilizando mentiras. Comportamiento este último que en la política estadounidense suele considerarse más punitivo que el delito, y no digamos el error. El eclipse de Bush durante la campaña y en las jornadas electorales ha hablado por sí mismo. Porque ya es mucho que acabe su mandato presidencial sin haber sido sometido al *impeachment* (enjuiciamiento) parlamentario.

Los resultados de las elecciones en Estados Unidos han expresado un ansia colectiva muy extendida de salud moral, de veracidad, de sinceridad, de que acabe la política de manos sucias mientras el país cae en la depresión por culpa de un sistema económico de sofisticados medios abusivos para el enriquecimiento de una minoría. El país, mayoritariamente, da la impresión de haberse desprendido de la resignación y la falta de esperanza. Ahí estaban para ratificarlo las largas colas para depositar el voto como muestra de una participación extraordinaria del electorado, totalmente inusual en el país. Ahí estaban también los centenares de miles de ciudadanos de las más variadas procedencias y edades que se concentraron en Chicago para celebrar con el candidato Obama la hora y el día de su amplio triunfo electoral.

En Europa hay motivo para que hayamos asistido a las elecciones norteamericanas como si algo propio se jugara en ellas, y, por qué no decirlo, con cierta envidia. Primero, las primarias demócratas, el apasionante combate entre Obama y Hillary Clinton; después el debate Obama-McCain, que, todo hay que decirlo, el candidato republicano ha colaborado elegantemente a que discurriera por cauces de cortesía y de buen hacer.

De alguna manera es como si se hubiera salido de un mal sueño. Y, desde el lado de acá del Atlántico podemos claramente separar a partir de ahora, por una parte lo que han sido años de disconformidad y repulsa hacia quienes gobernaban en Washington y, por otra, la estimación hacia un pueblo del que podemos disentir en tantas cosas de su comportamiento pero también admirarlo cuando se muestra ejemplar en el ejercicio de la ciudadanía propio del Estado de derecho.

La significativa participación electoral, así como la amplitud de la mayoría favorable a Obama, incluso en el Congreso, son la manifestación de una profunda reacción popular, producida en el fondo por sustanciales cambios en su composición sociológica, expresada por ejemplo en el voto de negros, hispanos y jóvenes, trabajadores y clases medias blancas. Hay quien habla de revolución o revuelta por medio de las urnas. Tal vez no sea exactamente esto. Pero evidentemente estamos ante una exigencia de cambio que es algo más que un manido recurso de retórica electoralista. Porque Obama expresa y recoge lo que la mayoría popular exige. Es decir: auténticas reformas sociales, económicas y de saneamiento público.

> El voto favorable a Obama es una exigencia de saneamiento público después del gobierno de Bush

Todo lo dicho no obsta para que el nuevo presidente se vea obligado a enfrentarse a un amplio, complejo y erizado frente de obstáculos tanto en el interior como en el campo internacional. Visible era esto en dos imágenes de los noticiarios televisivos que coincidían el pasado miércoles con las de la victoria electoral de Obama y su partido: una, la de un Putin malcarado que anunciaba el establecimiento de misiles nucleares en Kaliningrado. Otra, la del maniaco dictador norcoreano, Kim Jong Il, reapareciendo en público entre el grupo compacto de sus generales, enfundados en la rigidez de los uniformes. Un mundo poco dispuesto a aceptar buenas palabras e intenciones.

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

La gran tarea que espera a Obama

Pocas veces un presidente de Estados Unidos ha terminado su mandato presidencial con tanto descrédito como George W. Bush. Con un balance tan extremadamente negativo. Y también en pocas ocasiones un presidente electo llega a la Casa Blanca despertando tantas expectativas, con una aureola de absoluta y prometedora novedad, como Barack Husein Obama. Le favorece lo que, según cómo, debería desfavorecerle: lo corto de su experiencia política, primero como senador del estado de Illinois y después como miembro de la Cámara Alta federal.

Pero Obama atrae. Ha sido capaz de convencer a las mayorías. Primero en el curso de la larga y agotadora campaña preelectoral de las primarias para obtener la candidatura presidencial del Partido Demócrata; luego en el enfrentamiento con el candidato republicano, el senador de Arizona McCain. No hace falta enumerar las muchas condiciones en contra que perjudicaban a Obama, comenzando por la de tratarse racialmente de un mestizo, con un historial alejado de los ámbitos sociales y territoriales en que se crean las élites políticas norteamericanas.

Y sin embargo, Obama ha recibido la educación de estas élites. Y aunque ha dispuesto de poco tiempo para hacer llegar su mensaje político y humano, lo ha tenido suficiente para dar la medida superior de su personalidad, su cultura, su conocimiento de las realidades de Estados Unidos e internacionales. Sobre todo, ha sabido comunicar la impresión de tener plena conciencia de que tendrá que enfrentarse a un momento histórico de profundas mutaciones, tanto en Estados Unidos como en el mundo.

Salimos de la que podríamos llamar era Bush, marcada por el efecto terrible de las tres mil víctimas del atentado a las Torres Gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre del 2001, y por las guerras de Iraq y Afganistán. Y la figura humana y política de Obama aparece con los rasgos de quien ha sido señalado por el destino para abrir una época de signo opuesto. El 11-S hizo de Bush un convencido de que era llamado a hacer realidad el "destino manifiesto" de Estados Unidos en la misión de llevar al mundo la paz y el orden universal mediante la expansión de la democracia. Directos colaboradores como el vicepresidente Cheney, el secretario de Defensa Rumsfeld y un círculo cerrado de colaboradores como Wolfowitz o Karl Rove tomaron parte muy activa en fomentar la convicción presidencial. Y le estimulaba también una amplia opinión neoconservadora, en gran parte de militancia religiosa, especialmente evangelista. El mandato de Bush venía a ser el resultado de una bien trabada aportación de grandes millonarios, ideólogos de la extrema derecha, instituciones, centros de estudio, sectores universitarios y publicaciones neoconservadoras que se había ido constituyendo, desde los años sesenta del siglo pasado, como alarmada respuesta a las revueltas universitarias, las luchas contra la discriminación racial y contra la desastrosa guerra de Vietnam.

ASTROMUJOFF

El resonar apocalíptico del derrumbamiento de las Torres Gemelas se entendía como un posible castigo a los *desvíos morales* de la primera potencia mundial y a la vez como una gran provocación del Mal con mayúscula. Sobre este trasfondo ideológico se elaboraron los principios doctrinales de la política de Bush. Y así se abrió paso la justificación de la unilateralidad en la política estadounidense, de la guerra preventiva, de la necesidad de garantizar la seguridad como un fin en sí, sin tener que reparar en el uso de medios contrarios a derecho del tipo de Abu Graib, Guantánamo y las actuaciones ilícitas de la CIA.

Con el final calamitoso de los dos mandatos de Bush, este neoconservadurismo ha quedado en mal lugar. Y le deja a Obama una acumulación de problemas de magnitud histórica, precisamente cuando Estados Unidos está en vías de perder su condición de única superpotencia, el mundo se desarticula en la incógnita de una fragmentación multipolar y la globalización de la economía de mercado ha entrado en quiebra, llevándose por delante la prosperidad en falso del propio Estados Unidos.

En estas condiciones, será problemático para Obama y su equipo de gobierno contraponer a la política de Bush las modalidades de búsqueda de la mesura sin renunciar a la firmeza; de consenso sobre partidismo; de entendimiento de la postura del otro sin ceder en lo esencial; de transnacionalidad a partir de un sano nacionalismo, y de hacer efectivos los conceptos de reforma y restauración de la economía de mercado sin compartir las propuestas de refundar el sistema capitalista expuestas en determinados sectores del ámbito europeo.

> Bush le deja una herencia calamitosa, precisamente en un mundo en hondo proceso de alteraciones

Estados Unidos se encuentra en una encrucijada. Han perdido valor muchos de los estereotipos bajo los que se presentaba o era visto. Levanta odios y resentimientos, en parte explicables, aunque en muchos casos son utilizados para movilizar la adhesión a sectarios regímenes o movimientos populistas, nacionalistas y fundamentados en el fanatismo religioso islamista. Son formas de rechazo o resentimiento generalizado bajo la común denuncia de antiimperialismo que Obama tiene la tarea casi titánica de disipar.

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

La apuesta exterior de Obama

El convencimiento de que Obama va a dar un cambio a su política exterior ha puesto en guardia a todos los estados y regímenes que han estado alimentando gran parte de su poder y su cerrada justificación ideológica en la suposición de tener en Estados Unidos un enemigo. O cuando menos una superpotencia con tendencias irreprimibles a avasallar. La consabida referencia al imperialismo norteamericano. El gobierno de Bush abonó con creces esta posición por su demonización de determinados países, por la frecuencia con que distribuyó credenciales de buena y mala conducta o pretendió hacer de la guerra unilateral un supuesto adecuado método para extender los bienes de la democracia.

Pero de pronto de la gran potencia estadounidense llegan otros vientos. Los de un nuevo espíritu, de ideas imaginativas, de formas distintas de entender y poner en práctica las relaciones exteriores. Y esto, aunque se quiera esconder, preocupa en núcleos de poder poco inclinados y nada acostumbrados al contraste de pareceres, con poca disposición a escuchar.

Obama atrae a la vez que se le teme. Precisamente porque, al parecer, él y su notable equipo tienen convicciones pero están dispuestos a someterlas a la prueba del diálogo. Si en la Casa Blanca prevalece el ánimo proclive a la flexibilidad, muchos rigorismos dogmáticos pueden aparecer crudamente como lo que son. Y muchos populismos. Y vociferantes demagogos. O manipuladores tenaces de los más variados y abusivos sistemas de hermetismo político. Están a la mano casos muy concretos. Cuba, Irán, Rusia, China, Siria, Venezuela y otros países latinoamericanos. Gobiernos, regímenes que de las maneras más diversas han utilizado a fondo el argumento de ser víctimas de la presión norteamericana.

En el plazo de pocos días Hillary Clinton ha sido clara portadora del mensaje de que la Administración Obama se dispone a adoptar un comportamiento manifiestamente distinto en su proyección exterior. Fue evidente en el curso de su visita a Pekín, en cómo hizo hincapié con los dirigentes chinos más en lo que les convenía para entenderse que en los motivos de desencuentro. Y se puso de manifiesto en la reunión con los aliados de la OTAN celebrada el jueves, donde la secretaria de Estado norteamericana recomendó vivamente la conveniencia de una aproximación a Rusia para resolver los diferentes malentendidos existentes. Postura que fue muy bien acogida por buena parte de quienes la escuchaban, aunque no tanto por otros.

ASTROMUJOFF

No cabe respecto a esta nueva flexible actitud norteamericana entenderla con excesivo apriorístico optimismo sobre sus resultados. Pero sí con el alivio de que se busca romper con la política de muro contra muro. Algo que se hizo patente en la visita insólita del senador John Kerry y dos miembros de la Cámara de Representantes a Gaza y después a Damasco, donde seguirá la de otros enviados norteamericanos. Lo cual indica que en vez de poner contra la pared a Siria por su apoyo al Hizbulah libanés y al Hamas palestino, Washington busca ahora implicarla en la busca de un arreglo de la conflictividad regional que afecta a Israel, Palestina, Iraq y, por qué no, Irán.

En la misma línea cabe situar directamente la nueva diplomacia estadounidense respecto a Irán cuando la secretaria de Estado estadounidense propone que el Gobierno de Teherán participe en conversaciones internacionales de nivel regional sobre la situación en Afganistán. Una invitación que puede colocar al antiamericanismo del presidente Ahmadineyad y del núcleo duro del régimen radical islamista en una situación incómoda. Precisamente porque la realidad social y económica ha defraudado al país y la apuesta por el arma nuclear como reto a Estados Unidos y medio de movilizar el sentimiento nacionalista puede no tener el efecto deseado e influir en las próximas elecciones presidenciales, a las que se presenta el ayatolá moderado Jatami.

Por otra parte, en Cuba, la caída de Pérez Roque y Carlos Lage , defenestrados por Raúl Castro, suena a cierre de filas de gente segura, dejando de lado a un Fidel acabado, en previsión de que en Washington comiencen a desmontar el tinglado improcedente e inservible del bloqueo de la isla. Se acerca la hora temida de la verdad para el castrismo. Y al mismo tiempo la que podría ser ocasión de minimizar los teatrales abrazos y ayudas del venezolano Chávez y las veleidades de una nueva versión a lo Putin de la presencia rusa en el patio trasero de Estados Unidos. Porque en el fondo las miradas en Cuba están puestas siempre en el vecino del norte.

Se ha calificado el activismo de Obama de titánico. Lo es emprender a la vez medidas muy valientes para atajar la crisis económica en el interior y tomar iniciativas decididas en la política exterior. El nuevo presidente no renuncia a cambiar las cosas. En ello le va su crédito. Tal vez, hasta la vida. Y el caso es que nada le será fácil. Afganistán, con Pakistán detrás de la escena, es la muestra más apremiante de que es así. Y en todos los aspectos citados aquí demasiados quistes han ido creciendo y endureciéndose en puntos vitales. Tanto por causas internas en cada caso como en general por la deriva viciada del comportamiento norteamericano.

> La nueva diplomacia estadounidense se abre con varias iniciativas a la vez en distintos frentes

Pero justamente por esto es cierto que ante un cambio sustancial de la diplomacia estadounidense el antiamericanismo por principio puede revelarse obsoleto como instrumento para el refuerzo ideológico de regímenes afectados de evidentes carencias en cuanto a libertades y derechos.

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

Cuba, la gran prueba

Que Obama haya decidido un considerable alivio de las sanciones contra Cuba permite esperar el fin del bloqueo norteamericano de la isla comenzado en 1962. Marca una notable distancia entre aquel año, el de la crisis de la instalación de misiles soviéticos en tierra cubana, y el actual 2009, en que Estados Unidos parece estar a punto de dar un giro de 180 grados a la política exterior norteamericana respecto a la de los ocho años de mandato de George W. Bush. De la política de los muros diplomáticos, las puertas cerradas, las amenazas y las sanciones se está pasando a la de búsqueda de aproximaciones, levantamiento de escollos, oferta de diálogo.

Lo ha hecho así Obama de cara al Irán empeñado al parecer en disponer de armas nucleares; con mensajes de buena voluntad dirigidos al mundo islámico o enviados en general a todo lugar en que Estados Unidos tiene planteados conflictos, desavenencias. Hay como un deseo en Washington de que Estados Unidos deje de ser motivo de escándalo por sus querellas internacionales, hasta en la voluntad de poner fin a las que mantiene con carácter bélico en Afganistán e Iraq.

Y esto ocurre en un mundo no precisamente claro ni fácilmente previsible, acerca, por ejemplo, de qué fuerzas, qué potencias medianas o grandes van a determinar los caminos del futuro. Cómo y en qué áreas. Un mundo en cuyo seno parece como que los norteamericanos se hubieran cansado de despertar inquinas, malquerencias, suspicacias y temores. Pero en el cual no se sabe muy bien si esta predisposición será percibida como una invitación a hacerlo todo más llevadero, como una debilidad de la que se puede sacar provecho o algún tipo de doble intención escondida.

Es esta una duda de difícil respuesta que en el caso de Cuba se hace patente. Basta comprobar las cautelas con que las decisiones de Obama son acogidas en La Habana. Se transparenta en las reacciones desde la cúpula del poder, los hermanos Castro. En ellas aparece, mal velado, un guiño de complacencia. Raúl y Fidel han recibido a seis congresistas norteamericanos con evidente satisfacción.

Lo que viene de EE.UU. puede resultar decisivo. Nada menos que el saldo de una cuantiosa y amarguísima cuenta histórica. El fin del bloqueo podría ser celebrado como una gran victoria moral y material del castrismo, un seguro de continuidad. Pero a la vez comportar el doble filo envenenado de irrefrenables contagios, capaces de hacer inevitable el derrumbamiento de las murallas internas por la fuerza de la libertad frente a la estrechez y decrepitud de la dictadura. Cuando Fidel habla del bloqueo "genocida" norteamericano como un fracaso de medio siglo, a continuación necesita afirmar que Cuba "no extenderá jamás la mano pidiendo limosnas" para alejar el fantasma de que el "fracaso" norteamericano se traduzca en la postración del castrismo. Y es que el propio Fidel se traiciona al afirmar que el castrismo "no ha necesitado para existir de la confrontación (el bloqueo) como piensan algunos tontos".

ASTROMUJOFF

¿Es uno de estos tontos Armando Hart, quien estima "un reto ideológico" la apertura norteamericana? Un reto norteamericano cuyo eco llega mucho más allá de Cuba. El de si la política de presiones, de negativas del pan y la sal a regímenes considerados hostiles e impropios ha de ser la norma, pasando por encima de clamorosas contradicciones como la de ser aplicada a determinados países y no a otros con regímenes incluso más crueles, inaceptables y hasta peligrosos, a los cuales, paradójicamente, se da tratamiento de amigos.

El seguimiento de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba se impone desde ahora con la máxima atención. Será especial punto de toque para juzgar sobre el éxito o el fracaso del obamismo teórico y práctico como propuesta para la convivencia dentro de la complejidad del panorama internacional. No con la magnitud de los apremios y zozobras de Iraq, Afganistán o Irán, por ejemplo. Pero sí por la intensidad emocional, por la cercanía geográfica e histórica e incluso por el millón y medio de cubanos exiliados en Florida que con las medidas decididas por Obama estarán en disposición de hacerse sentir muy presentes en la Cuba insular de sus orígenes.

La gran pregunta es si estando en vida los hermanos Fidel y Raúl Castro el castrismo estará en condiciones de aceptar la mano que ha comenzado a tenderles el presidente norteamericano. Y qué margen de compromiso le queda a este con el castrismo. Hay quien sugiere si la transición española hubiese sido posible después de la muerte de Franco si a Carrero Blanco no le hubieran asesinado. En el caso de los hermanos Castro la duda es mucho mayor, porque es como si Franco y Carrero se hubieran enfrentado a la exigencia de un cambio sustancial permaneciendo ambos en vida. ¿Qué transición cabe imaginar para la Cuba regida desde el núcleo viviente y sustancial del castrismo? Y al mismo tiempo, ¿cómo neutralizar el efecto popular en Cuba de una ayuda creciente de los cubano-norteamericanos, en definitiva procedente del grande y vilipendiado vecino del norte?

> Obama se juega el éxito de su aperturismo exterior y el castrismo la esencia de su naturaleza política

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

Obama y la América Latina

Existe el dicho de que quien da primero da dos veces. Puede aplicarse a la decisión de Barack Obama de mejorar las condiciones de los viajes y el envío de remesas de los cubano-norteamericanos a su patria de origen. Una oferta que tiene valor de precedente. Y como tal la admitió el presidente cubano, Raúl Castro, al decir que el Gobierno castrista está dispuesto a hablar con el estadounidense "de todo, de todo".

Con esta propuesta por delante, asistió el presidente norteamericano a la cumbre de las Américas, celebrada en Puerto España, capital de Trinidad y Tobago, entre los días 17 y 18. La ocasión estaba servida para que Hugo Chávez, presidente de Venezuela, convirtiera la cumbre en un acoso a Obama contra el embargo de Cuba. Pero no hubo nada de esto. La cuestión cubana se trató, inevitablemente. Pero no como esperaba Chávez.

Barack Obama ha demostrado una vez más que rompe moldes. Que empieza a desvirtuar los posicionamientos antinorteamericanos. Algunos comportamientos aparentemente menores lo ponen de manifiesto. No es casual que en la fotografía de todos los asistentes a la cumbre de Puerto España, el presidente de Estados Unidos no sólo no ocupara el centro, sino que se le viera asomar en la última fila, en el penúltimo lugar por la derecha. Era la plasmación gráfica de su afirmación de que "no hay socios pequeños y socios grandes, sino socios en igualdad de condiciones".

Cabe decir que todo esto es escenografía. Pero en política hay buenos y malos escenógrafos. Y ser de los primeros es útil, gana voluntades, predispone los ánimos, como así ha ocurrido en Trinidad y Tobago. Entre otras cosas porque Obama llevaba por delante a su favor la apertura hacia Cuba. Modesta si se quiere. Pero efectiva. Sobre todo desde el momento en que Raúl Castro no la echó en saco roto.

ASTROMUJOFF

Si al primer mandatario cubano no le amargó la píldora ofrecida por Obama, ¿cabía convertir la cita de Trinidad y Tobago en un foro acusatorio del comportamiento estadounidense respecto a Cuba? Como se ha dicho, Chávez, que esperaba desplegar su tosca oratoria en un desbordado asedio contra el presidente estadounidense, tuvo que recoger velas. Llegó a llamar amigo a Obama y se limitó a regalarle el libro de Eduardo Galeano *Las venas abiertas de América Latina*, un alegato en muchas cosas veraz contra la acción europea y estadounidense en Latinoamérica a lo largo de la historia.

Hasta en esto Obama se había adelantado a parar el golpe. Dijo: "No podemos quedar atrapados en el pasado". Y también que sería deseable que unos y otros aceptaran la parte que les corresponde en los males habidos, porque lo importante es mirar hacia delante. Son palabras, sí. Pero también el mensaje atinado de que algo ha envejecido en las relaciones intracontinentales americanas y reclama ser renovado. Un sentido en el cual la figura, el porte, las propuestas de Obama conllevan una invitación a la novedad, a descodificar sin miedo el lenguaje anacrónico de la animadversión y la desconfianza. Por esto, refiriéndose a Cuba, habló de tomar "una nueva dirección", emprender "un nuevo comienzo", empezar "un nuevo día".

Ya la América Latina ha tomado nuevos caminos de formas muy distintas. Es un intento, a veces descoyuntado, extremoso, o simplemente erróneo, aunque promovido por la vía innegable de la democracia y como respuesta a realidades sociales inaceptables. A este respecto, Obama dice apostar por la no injerencia, el respeto a los regímenes establecidos por voluntad popular. Y, por encima de las diferencias, la búsqueda de buena avenencia. Condición esta que con frecuencia les falta a los mismos estados latinoamericanos pese a la multiplicidad de organizaciones asociativas regionales.

En determinados casos, a esta sobreabundancia de organizaciones interamericanas la caracterizan contrapuestas orientaciones favorables o desfavorables a Estados Unidos. Por lo cual Obama dispone de algo más que su carisma y la seducción de su palabra para realizar el propósito de restablecer su fiabilidad en la América Latina.

> En la cumbre de Trinidad y Tobago el presidente rompió los moldes de la actitud de Estados Unidos

Eduardo Galeano dice en el libro que Chávez le regaló a Obama que el constante crecimiento de la natalidad y de la pobreza en la América Latina es una "bomba del tiempo". Lo debe tener en cuenta Europa. No puede pasar por alto en Estados Unidos, el inmenso y poderoso país que para bien o para mal ni puede ni debe desentenderse de su presencia determinante en lo que ha considerado su *patio trasero* con desafortunada codicia o desidia. Por esto tiene tanta importancia que un presidente negro norteamericano diga que se propone darle otro rumbo al papel que su país debe desempeñar en la América Latina. No se olvide: el presidente de una nación en la cual residen, legal o ilegalmente, 44 millones de hispanos. Más que negros.

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

Obama habla al mundo musulmán

Obama por ahora no defrauda. Dijo en Berlín, cuando sólo era candidato a la presidencia, que todos los muros acaban cayendo como el que durante tantos años dividió a la capital alemana. Y durante la campaña electoral se comprometió en esforzarse por hacer caer uno de los muros que más preocupan en nuestro tiempo: el de las diferencias y hasta hechos bélicos que separan a Occidente y el mundo musulmán. No es hombre de darse por vencido. Lo cumple. Por esto su primera declaración a una emisora extranjera la hizo a la árabe Al Yazira. Luego se apuntó el tanto de su visita fructuosa a Estambul, donde fue especialmente celebrado el discurso que pronunció en el parlamento y donde dijo la frase tan aplaudida de que "Estados Unidos no está en guerra contra el islam y nunca lo estará".

En esta línea, el jueves dio todavía más en la diana. Pronunció un memorable discurso en la universidad islámica Al Azhar, en El Cairo, prestigioso centro intelectual del mundo musulmán. Lo hizo como tanto sabe. Con su visión de altura, su capacidad de persuasión, su convicción. Arrancó de los presentes un gran aplauso desde el comienzo con un "Asalam aleykum" que era algo más que una gentileza. Eran las palabras de un presidente norteamericano con antepasados directos musulmanes. Un negro que ha roto en su propio país muchos prejuicios de raza y que pudo decir con la mayor naturalidad ante su auditorio que "no hay duda de que el islam forma parte de Estados Unidos".

La idea de derribar muros estuvo subyacente en todo su discurso. Citó el Corán, la Biblia, el Talmud. Era un creyente que hablaba a otros creyentes. Pero más que esto, un humanista formado en los principios políticos ilustrados de los padres fundadores de la nación estadounidense. Su idea central: la convivencia, la tolerancia. Y en este terreno no se mordió la lengua: libertad religiosa, igualdad entre hombres y mujeres.

ASTROMUJOFF

No olvidó hablar de democracia. Hábilmente citó el "liderazgo turco", ejemplo de régimen auténticamente democrático en un país musulmán. Pero lo hizo sin el tono impositivo de su antecesor en la Casa Blanca, George W. Bush, como "oferta de un nuevo comienzo". Y ahí tocaba una gran contradicción. Obama llegaba a El Cairo procedente de la aliada Arabia Saudí, monarquía acusadamente autoritaria y de extremo rigor religioso. Y en la capital egipcia tuvo conversaciones propias de un aliado con el dictador Mubarak. ¿Hablar de tolerancia pero convenir de manera pragmática con quien está lejos de practicarla?

Samuel P. Huntington, en su tan discutido libro *El choque de las civilizaciones*, escribió: "La religión no es una pequeña diferencia sino probablemente la diferencia más profunda que puede existir entre la gente". Y en sustancia, todo el parlamento de Obama en El Cairo fue una llamada a desmentir esta aseveración. Fue la afirmación de que hay a su vez diferencias en esta diferencia. Una, la vivencia pacífica y no excluyente de la fe religiosa. Otra, su interpretación fundamentalista con tendencias agresivas. Citó en este sentido como ejemplo de la primera actitud a Turquía, pieza de primer orden en la política mediooriental de Obama. En cuanto al islamismo integrista, habló del terrorismo actual. Objetivo que conseguir: que predomine el primero. Que haya acercamiento, comprensión entre el mundo musulmán y el occidental.

Por ahí, Obama entraba en terreno escabroso. Estados Unidos está metido en una guerra de seis años en Iraq; en otra de nueve en Afganistán, y en una más inaprensible contra Al Qaeda y grupos afines. Los daños directos y colaterales de estas luchas han sido graves. Los abusos, aborrecibles. Nada de esto es fácilmente superable. Pero lo más difícil, la clave esencial para conseguirlo, es poder obtener una solución al conflicto palestino-israelí.

Dos expresiones de Obama en su discurso muestran que a este respecto se encuentra ante el más espinoso dilema. Habló, por una parte, de lazos "inquebrantables" con Israel; por otra, de situación "intolerable" de los palestinos, para los que pidió un Estado propio.

> Con el brillante discurso en El Cairo, encuadró intelectualmente una labor política en profundidad

¿Pueden estos términos llegar a ser conciliables?

La brillante pieza oratoria de Obama viste un trabajo más de fondo del que es parte esencial la previa entrevista de una hora entre el presidente y el rey Abdulah de Arabia Saudí, autoridad moral y política en el mundo musulmán que no desea un fracaso norteamericano en Iraq, Afganistán y Pakistán, ni que Irán se erija en la gran potencia regional del golfo Pérsico dotada del arma nuclear.

Existe un derrotismo intencionado en contra de Obama. Naturalmente que a las palabras se espera que sigan los hechos. Pero que su presencia en El Cairo inquieta a quienes quieren que fracase lo demuestra cómo desde Al Qaeda se intensifican los llamamientos al odio y la guerra al tiempo que se insiste –como el líder iraní Jamenei– en que Obama es lo mismo que Bush. Temen más a quien tiende la mano que al beligerante. El actual presidente podría decir aquello de "ladran, luego cabalgamos".

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

Obama: "Trabajemos juntos"

Putin tiene siempre un pie en el pasado y el otro en el futuro". Con estas palabras por delante estuvo Barack Obama en Moscú el lunes, el martes y el miércoles de esta semana. Y ya en la capital de Rusia dijo del jefe del Gobierno ruso que tiene una tendencia al pragmatismo y "su visión del mundo se caracteriza por la ausencia de sentimentalismo". Pero con quien el presidente estadounidense mantuvo el grueso de las conversaciones no fue con Putin, sino con el presidente Medvedev. Y como si este tuviera más los dos pies en el presente y en el futuro, en las reuniones entre el estadista ruso y el estadounidense no hubo tensión. Más de una diferencia siguió congelada, pero hubo algún acuerdo no desdeñable. ¿Es el juego del duro y el flexible, del anclado en una idea fija de Rusia y el que la desea más adaptable, actualizada?

La cuestión deja de ser baladí. En ella es toda Rusia, su situación política y estratégica en el cambiante presente del mundo, lo que está sobre la mesa. Los intereses nacionales que la mueven. Hasta los sentimientos generalizados de su gente, a los cuales las directrices que emanan del Kremlin no pueden dejar de prestar atención. Una realidad a la cual responden muy fielmente las dos definiciones expresadas por Obama de un Putin, por una parte, apoyado con un pie en el pasado y otro, en el futuro, y, por otra parte, pragmático y no precisamente sentimental.

Como Obama dice de Putin, Rusia tiene un pie en el pasado. Es indudable. No se entendería nada de la actual política exterior rusa sin tenerlo en cuenta. El pasado es el inmenso imperio euroasiático de la Rusia zarista y, mucho más, de la URSS, que llegó a imponer regímenes soviéticos hasta en media Europa. El pasado es que este imperio fue súbitamente mutilado entre finales de los años ochenta y principios de los noventa del siglo XX.

ASTROMUJOFF

El pasado también es que este imperio ganó la conocida en Rusia como "gran guerra patriótica" contra la Alemania nazi en 1945. Y que desde entonces pasó a tener el protagonismo de ser una gigantesca potencia en un mundo bipolar cuya capacidad política y militar le permitía estar al nivel de EE.UU. en el contencioso permanente de amenazas y prudencias entre los llamados *dos grandes*. Y la pérdida de este pasado cuenta. Ni Putin ni Medvedev pueden olvidarlo cuando están integradas en la OTAN no sólo naciones que fueron satélites como Polonia, sino también antiguas repúblicas soviéticas del Báltico. No pueden olvidarlo cuando varias de estas naciones forman parte ahora de la Unión Europea. Y menos aún cuando se barrunta que Ucrania o Georgia puedan seguir el mismo camino. O que Estados Unidos monte un sistema antimisiles en Polonia y la República Checa.

Obama ha tenido muy en cuenta este pasado. Ha recordado públicamente sus glorias como tarjeta de presentación en Moscú, un medio de amortiguar diferencias amargas y apartar obstáculos para tratar del presente. Un presente que es la necesidad de entenderse para ajustarse a los problemas de hoy. Y con este propósito Obama y Medvedev han sabido recrear un poco el recuerdo de las famosas cumbres de los *dos grandes* en los tiempos de las oscilaciones entre la guerra fría y la coexistencia pacífica. ¿Existe algún tema más idóneo para conseguirlo que obtener un acuerdo para reducir respectivamente los enormes arsenales de armas que garantizaron la disuasión nuclear? Era la manera de entrar en el presente enfocándolo hacia el futuro.

Obama ha propuesto a Rusia "trabajar juntos". Solicitación que en Moscú están lejos de acoger con los brazos abiertos. Aunque ha tenido una respuesta tan valiosa para Estados Unidos como el permiso para que aviones norteamericanos puedan sobrevolar territorio ruso con soldados y material bélico hacia Afganistán. Una concesión más que interesada, porque los dirigentes rusos no quieren un Afganistán radicalmente islamizado en la frontera con las repúblicas caucásicas de la Federación Rusa, donde el terrorismo islamista y separatista no ha sido del todo acabado en Chechenia y recientemente ha matado a altas autoridades prorrusas en las vecinas Daguestán e Ingushetia. A cambio, Rusia ha obtenido vagos condicionamientos estadounidenses sobre la posibilidad de no instalar el sistema antimisiles en Polonia y la República Checa. Y sobre que no se trata por ahora de integrar a Ucrania y Georgia en la OTAN. En cuanto a Irán, ningún acercamiento. Con su amistad, Rusia quiere asomarse a Oriente Medio y que ayude a impedir la penetración del terrorismo islamista en su territorio.

> El mensaje del presidente en Moscú no despierta entusiasmos pero sí logra algún acuerdo provechoso

Como en El Cairo el 4 de abril pasado, Obama llevaba a Moscú el mensaje de que en el 2009 ya no es válida la política del dominio y la demonización. Lo que –dijo– "es tan válido para Estados Unidos como para Rusia". Se entiende para los Estados Unidos de Bush y para la Rusia putiniana, tan obsesionada por recuperar la condición de gran potencia y la hegemonía que considera que le corresponde en el estimado *exterior próximo*. ¿Sobre esta base pueden trabajar juntos? Putin debe de pensar: palabras.

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

Obama, ante una dura prueba

Hasta mediados de su primer año de mandato presidencial ha sobresalido el Obama convincente. El de los viajes a Europa, Turquía, Egipto, Ghana. El despliegue de su seductora personalidad y de su atractiva oratoria en los discursos de Praga, el Parlamento de Ankara, la Universidad de Al Azhar, en El Cairo; el de Accra. Palabras persuasivas para los aliados europeos; para la Turquía aliada y aspirante a entrar en la UE; dirigidas a seducir a todo el mundo musulmán; con recomendaciones y a la vez esperanza para el África negra. No es que lo tenga fácil en el mundo. Basta verle enredado en las guerras de Iraq y Afganistán, que no parecen limpiamente disponibles para un final feliz. Pero donde de momento aparecen en el horizonte más insidiosos contratiempos es justamente en la política interior. A pesar de que en principio parecía lógico que tuviera un camino despejado por delante a causa de disponer de clara mayoría demócrata en las dos cámaras del Congreso frente a una oposición republicana que semeja estar lejana de recuperarse de la derrota electoral sufrida en noviembre del año pasado.

El primer aviso de por dónde Obama iba a quedar expuesto a peores incidencias se produjo el 23 de julio. Cuando el Senado remitió hasta septiembre el debate sobre la reforma del sistema sanitario. No algo menor, sino una de las dos o tres líneas maestras del programa presidencial para su mandato. Ser derrotado en este terreno supondría para Obama perder un porcentaje seriamente elevado de su popularidad, de su prestigio político.

En el Congreso parecen surgirle obstáculos nada desdeñables. Porque encuentra disidentes en las mismas filas de la mayoría demócrata. Por la presión sobre los congresistas de todas las filiaciones de lobbies poderosísimos: la industria farmacéutica, aseguradoras, mutuas, centros hospitalarios, asociaciones médicas. Tal vez incluso en los servicios de la salud pública que asisten ya a los pacientes mayores de 65 años (Medicare) y a los pobres (Medicard). Además de que la resistencia a una reforma a fondo se da por muy arraigada, curiosamente, en una sociedad en la cual entre un 47% y un 50% de la población carece por completo de protección sanitaria. Por donde entramos en la suposición de algo tal vez más duro de ablandar que los intereses económicos: la paradójica mentalidad del pueblo norteamericano. La preferencia muy generalizada por la elección individual y la desconfianza en las injerencias del Estado. Probablemente un hábito adquirido históricamente en los principios fundacionales de la Unión y en la conquista del Oeste. El credo de valerse por sí mismo.

ASTROMUJOFF

Y a todos estos factores debe enfrentarse Obama. En el Congreso ha de abrir canales de buena disposición hacia el proyecto presidencial. Debe encontrar fórmulas de acercamiento y compromiso sin perjudicar la sustancia del texto legislativo. Tendrá que hacer gala de su capacidad de persuasión y su pragmatismo. Y habrá de verse si el pueblo que lo eligió para la Casa Blanca ya no es igual que el de hace unos años. Tal vez por la cantidad de la inmigración; por la crisis económica que sufre el país. A Obama el aplazamiento parlamentario puede crearle obstáculos adicionales. Tal como están las cosas actualmente, el asunto queda todavía en el aire. Depende de que el sector conservador de los congresistas demócratas y la parte más abierta de los republicanos estén mejor dispuestos respecto a la propuesta presidencial.

Hay algo que no suele fallar en Estados Unidos: movilizar a las bases populares. Muchos presidentes lo han utilizado. Si se dirigen directamente al país y lo ganan para su causa mayoritariamente, los congresistas suelen guardarse bien de contradecir el criterio de sus electores. De que Obama sabe servirse de este procedimiento hay pocas dudas. Entrar en los recovecos del debate parlamentario, sin tener bien atado este trabajo previo de convencer a la nación, no entra en las maneras de Obama.

El presidente tiene muy buen historial como constitucionalista formado en Harvard, pero su experiencia parlamentaria, primero en el Senado de Illinois, luego en la Cámara Alta federal, fue más bien breve. Para conseguir la aprobación de la ley sanitaria necesitará mucho tesón y mucha astucia en un país de abogados, leguleyos y magistrados donde cualquier pleito puede llegar a adquirir extremas sutilezas o también formas de manipulación poco ortodoxas. Para el europeo medio puede ser difícil de entender que un bien general como la salud sea susceptible de poderosas resistencias.

El presidente se enfrenta a un difícil debate en el Congreso sobre la ley de reforma sanitaria

Sobre todo cuando el Congreso durante los años del mandato de su predecesor, George W. Bush, obtuvo licencia, sin resistencias dignas de ser tenidas en cuenta, para anteponer la seguridad a los derechos fundamentales desde los terribles atentados del 11-S. Una forma perversa de la tan recelada injerencia estatal que llevó sumisamente a los norteamericanos a las guerras de Afganistán e Iraq y a una lucha oscura contra Al Qaeda, que dieron lugar a deshonestos usos y mentiras, aceptados y promovidos desde la misma Casa Blanca. ¿Era esto más aceptable para el pueblo norteamericano y su Congreso que una ley para hacer más extensivo y justo un compromiso gubernamental para la asistencia sanitaria?

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

La voz de Obama en el mundo

El plato fuerte de la reunión, el miércoles, de la Asamblea de la ONU, fue el discurso de Obama. Era la gran expectativa. Y no defraudó. Como suele en sus parlamentos, supo estar a la altura con un mensaje que puede resumirse en pocas palabras: hemos entrado en una nueva era. Nueva por la situación mundial; nueva por el cambio de actitud de Estados Unidos. El mundo es distinto porque se enfrenta a problemas globales; Estados Unidos, porque ha dejado atrás la unilateralidad, la injerencia, el deseo de imponer sus criterios. También comportamientos inaceptables. Los de Guantánamo, de la utilización de la tortura, por ejemplo.

La propuesta del presidente es esta: actuemos, todos, de otra manera. Frente a la globalidad, globalmente. Es decir: multilateralmente. Esta teoría tiene el inconveniente de que junto a la mundialización existe la multipolaridad, en la cual la partida que se juega es la de equilibrios y desequilibrios de poder económico, político y estratégico. Con grandes, a veces abismales, asimetrías. Es un mundo polimórfico, dispar. Mundo intercomunicado pero fraccionado. De muros que Obama propone destruir. Discontinuo, fragmentado, múltiple en la diversidad de intereses, convicciones, apetencias incompatibles, razones que no se atienen a razón.

Obama habló de unos cuantos retos comunes que exigen soluciones tomadas en común: preservación del medio ambiente, proliferación nuclear, desarme, seguridad, pobreza, disfunciones de la economía, paz en Oriente Medio. Y con sólo nombrar estos –que el presidente llamó "pilares"– sobre los que es imprescindible actuar, ponía de relieve la innúmera cantidad de diferencias, reservas y agravios comparativos con que son vistos, afrontados.

Hay a veces distancias incalculables. Que las amenazas existen, sí. Que de alguna manera habría que enfrentarse a ellas conjuntamente, también. Pero impera la diferencia de cálculos entre medios y fines; entre las necesidades de hoy y las previsiones para mañana. ¿Quién se desarma primero, a quién le toca dar el ejemplo en combatir la contaminación medioambiental, en reducir o renunciar a las armas nucleares, poner en orden el caos macroeconómico imperante?

ÓSCAR ASTROMUJOFF

Dijo Obama: "Ha llegado el momento para el mundo de unirse en la toma de una nueva dirección". ¿Unirse, cuántos, sobre qué bases, con qué aportaciones y sacrificios? Ahí está la médula de cuanto se habla sobre la reforma de la ONU, el gran foro que debería ser referente adecuado para tomar decisiones de carácter mundial. Prioritaria es, por lo tanto, la ampliación del órgano decisorio por antonomasia, el Consejo de Seguridad. No se trata de que sean todos los que están. Es decir, los 189 países miembros. Lo que se pide es acabar con el club restringido de los cinco miembros con derecho de veto. En esto Obama ha comenzado por corregir el desprecio de Bush hacia las Naciones Unidas.

En todo caso, el asunto de la dirección sigue ahí, inevitable. Obama propone repartir responsabilidades. Pero no un retroceso de las que corresponden a Estados Unidos. No habló de liderazgo a desempeñar por su país, sí de "papel de guía mediante el ejemplo", sin especificar si lo entiende como una relación entre iguales o de primero entre iguales. Aunque quedó claro, esto sí, que no se trata de imponer, de obrar por cuenta propia, sino de consensuar, de un trabajo de concertación. Un terreno que lleva ineludiblemente a saber cómo, con la connivencia de qué estados y con el fin de extender el cumplimiento de unas conductas, de unas reglas. ¿A determinar por quién? John Bolton, antiguo embajador norteamericano en la ONU en la época de Bush, acérrimo neoconservador, hizo el ácido comentario de que Obama cree que por el solo hecho de decir que Estados Unidos cambia, cambiará el mundo.

Un aspecto en el cual el presidente norteamericano se expresó ante su auditorio mundial no precisamente con la ingenuidad que le atribuye Bolton cuando dijo: "Aquellos que criticaban a Estados Unidos por actuar solo en el mundo no pueden ahora hacerse a un lado y esperar que Estados Unidos resuelva en solitario los problemas". Y: "El antiamericanismo ha sido una excusa para la inacción colectiva". Vale la advertencia evangélica: quien tiene oídos para escuchar que oiga. Europa, Israel, los palestinos, el mundo musulmán, Latinoamérica. O, por qué no, los campeones del "antiimperialismo" de nombre Hugo Chávez, Mahmud Ahmadineyad, Fidel y Raúl Castro, Kim Jong Il, por citar a los más conspicuos.

Muchos son los gobiernos dictatoriales, los regímenes de variada naturaleza, pero con igual alergia hacia todo lo que huela a libertad y derechos humanos, que tapan sus vergüenzas con la amenaza del imperialismo norteamericano. Bush les ofreció un rico repertorio del que sacar provecho. Y ahora, desde la Casa Blanca les envían un envite valiente. Pero acompañado de una firme determinación: "Hay principios de base universal. Son verdades ciertas, evidentes. Y Estados Unidos no renunciará al propio esfuerzo encaminado a afirmar el derecho de los pueblos a decidir su propio destino" ¿Idealismo en una época de potencias pragmáticas, ajenas a valoraciones éticas universales como China y Rusia? Es el eco lejano de Abraham Lincoln, de Franklin Delano Roosevelt. El mundo, bien o mal mundializado, tiene la respuesta.

> El presidente ofrece un nuevo Estados Unidos para una era que a la vez es nueva a escala global

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

Dudas sobre el "sí, podemos"

Se ha dicho con frecuencia que en la política exterior de una gran potencia puede cambiarse el lenguaje, pero difícilmente escapar a las líneas maestras de la proyección exterior. Incluso, que ya Bush en el curso de su segundo mandato (2004-2008) había procedido a correcciones en su política exterior que se acercaban en cierta manera a los propósitos de su sucesor. Por ejemplo, respecto a Iraq y Afganistán. Cabe matizar notablemente estos criterios, hasta desmentirlos en su sustancia. Pero no va descaminado quien los tenga en cuenta.

Ocurre así, sobre todo porque, más que como promotor de vistosos cambios, se ve en el presidente Obama un comportamiento calificable de sabiamente reflexivo y prudente, pero al mismo tiempo como síntoma de una sospechosa vacilación hamletiana. Por no hablar de quienes le acusan ya de ser francamente incapaz de tomar decisiones, de debilidad o pasividad frente a los conflictos que se van enquistando o engrosando peligrosamente. Durante la campaña electoral, cuando se enfrentaba a Hillary Clinton para obtener la candidatura demócrata a la presidencia, la senadora le atacaba por falta de un historial político suficiente y, como otros, por idealista, con ribetes de ingenuidad. Y en una reciente encuesta, un 52 por ciento de los norteamericanos estima que se va a un nuevo Vietnam en Afganistán, el 59 por ciento está contra el envío de más tropas allí y el 68 por ciento considera imposible formar un gobierno estable en Kabul.

Calibrar estas dudas sobre la actitud de Obama es de todo punto necesario. Y la oposición republicana se encrespa con creciente acoso. El ex presidente Carter dijo que a Obama le mueve un "idealismo constructivo", fórmula que queda bien sin llegar a cuajar en una interpretación concreta. Pero del lado de enfrente político llegan criterios mucho más definidos, expuestos con saña. En lo cual va por delante con brío el ex vicepresidente Cheney. El actual inquilino de la Casa Blanca ha hecho hincapié en algunos de sus procedimientos: recurrir a la persuasión más que a la contraposición; buscar el consenso tanto en el interior, superando la acritud partidista, uniendo al país, como en el exterior, mediante la exclusión del unilateralismo y de la política de descalificaciones de Bush, aquello de los países contables en el llamado *eje del mal*.

ÓSCAR ASTROMUJOFF

Y Cheney ha salido en defensa de la política que preconizó bajo el mandato de Bush y contra la que propone Obama. Para el ultraconservador ex vicepresidente, garantizar la seguridad nacional "es una dura, implacable, cruel tarea". Y, en consecuencia, "Estados Unidos no tiene tanta necesidad de ser amado como de ser respetado". Un criterio que plantea cómo se debe interpretar dos conceptos sobre la presencia de Estados Unidos en el mundo como la gran potencia que todavía es: la idea forjada tradicionalmente del *destino manifiesto*, que puede entenderse en el sentido de que Estados Unidos es históricamente un modelo para el mundo por las instituciones democráticas creadas por los padres fundadores en el siglo XVIII. Y también como la misión de fomentar y expandir o constituirse en defensor de este modelo en el mundo que Bush entendía como el derecho a la acción unilateral, incluida la guerra, y Obama como la conveniencia de que prevalezcan la multilateralidad y el diálogo.

Sin embargo, los dos conceptos van más unidos de lo que parece en cuanto implican la convicción de que a Estados Unidos le corresponde una misión mundial que Obama asume plenamente. Lo ha dicho con absoluta claridad: "Tenemos al alcance un nuevo amanecer del liderazgo americano". Un liderazgo que fue creciendo a lo largo del siglo XX, especialmente en dos extraordinarias efemérides; la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y el derrumbamiento de la Europa comunista, ocasión esta última en que Estados Unidos pasó a tener la condición de única superpotencia.

Lo cual, pasados varios años, aparece como una ciega ilusión. Los más recientes acontecimientos lo demuestran. En Afganistán, Iraq y Pakistán, atentados terroristas han ocasionado centenares de muertes y heridos. Irán juega al escondite sobre si piensa dotarse de armas nucleares, e Israel no hace ningún caso a la demanda de Obama de que congele el crecimiento de los asentamientos judíos en Cisjordania, mientras en el mundo musulmán se enfría la esperanza que encendió el discurso de Obama pronunciado el 3 de junio en El Cairo. Y Turquía toma posiciones por su cuenta en las áreas de Oriente Medio y del Cáucaso. Estados Unidos ve crecer y necesita entenderse con China, Rusia, India y Brasil en un mundo en que la gran potencia sigue presente, pero que ya no es el de la *era americana*.

> Inquieta la demora de Obama en hacer valer una nueva política de cara a la realidad actual

Las preguntas se acumulan, apremiantes. ¿Resolvería algo aumentar en 40.000 hombres las tropas norteamericanas en Afganistán? ¿Es efectivo que el ejército estadounidense ya no patrulle por las ciudades iraquíes, que esté prevista su no participación en operaciones de combate de aquí al agosto del 2010 y su retirada total del país a finales del 2011? Hasta la distinción de Obama entre la guerra "estúpida" de Iraq y la apropiada de Afganistán pierde sentido. La política exterior de Obama está sometida a duras pruebas en una época cada vez más orientada hacia desnudos cálculos de poder, tanto a escala regional como global. El "sí, podemos" era la voz tan necesaria de la esperanza. Pero comienza a urgir que se entienda como algo tangible.

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

Obama y el pragmatismo chino

El G-8 se quedó corto porque otros varios estados adquirieron la condición de ricos. Había que ampliar el círculo de los llamados a reunirse con cierta asiduidad para intercambiar criterios y sugerencias sobre los grandes problemas económicos del mundo. Parecía lo apropiado para adaptarse a la realidad crecientemente multipolar de la actualidad. Pero últimamente se ha ido abriendo paso la sugerencia de un G-2 constituido por Estados Unidos y China. Por una parte, la primera potencia mundial, que desciende de su antiguo pedestal de única superpotencia, y por otra, el citado país asiático, que asciende vertiginosamente al segundo puesto en la escala del poder.

Se produce así el hecho de que a un más generalizado rango en la posesión de riqueza entre cada vez más naciones, se le antepone ya el rango superior de dos estados. Aunque el G-20 funciona, tiene una existencia real. No ocurre así con el G-2. Y, sin embargo, la percepción de que responde a una realidad ha rodeado la visita de Barack Obama a China de los días 15 al 18. Al presidente estadounidense ya le iba bien. Le convenía ofrecer el viaje como una muestra de que promueve el tránsito de la política de orgullo y prepotencia que impulsó Bush a la de mano abierta y predisposición al diálogo. El que está arriba que se aviene a entenderse de tú a tú con el que está subiendo a toda prisa. Pero en Pekín no sobraba la disposición para entrar en este juego. Con cortesía, sin menospreciar la necesidad de tratar con Estados Unidos, vinieron a decir: de G-2, nada. Nada de compartir responsabilidades, precisos compromisos internacionales como no sea en casos concretos.

Y sin embargo, algo ata a Estados Unidos y China. Una atadura de la cual los dos estados quisieran aliviarse, convertirla en menos constrictiva y determinante. China tiene en Estados Unidos su mejor mercado. Acumula en sus arcas un volumen abultado de la deuda estadounidense, mientras que el déficit comercial perjudica a la parte norteamericana. Estados Unidos compra, gasta; China vende, ahorra. Y ni al Gobierno de Pekín le tranquiliza depender demasiado de los avatares del dólar, ni al de Washington que su moneda se le escape inconteniblemente a manos chinas por el perjuicio de un copioso déficit comercial. Y surgen las quejas respectivas.

ÓSCAR ASTROMUJOFF

Obama dijo en Shanghai que los dos países han de ser "socios y no rivales", "competitivos, no enemigos". Y el presidente Hu Jintao especificó que "China y Estados Unidos comparten amplios intereses comunes". Menos cordialidad hubo, al parecer, entre el presidente norteamericano y el jefe del Gobierno chino. Cambió el tono al descender a lo concreto. A los temas bilaterales; a los posicionamientos internacionales: el alineamiento respecto al Irán que busca el arma nuclear, Corea del Norte, manera de afrontar la crisis económica, terrorismo. Bueno, coincidencia hubo en algo: hacer saber a la conferencia sobre el medio ambiente que ha de reunirse en Copenhague el 7 de enero que Estados Unidos y China, los mayores contaminadores, desean dar largas a un compromiso en firme.

Henry Kissinger, en sus memorias, al relatar la visita que él y Nixon hicieron a Mao en Pekín en 1972, dice: "China no era importante para nosotros por su potencia física". Y añade: "De hecho, si hubiera sido fuerte, no hubiera buscado mejores relaciones con nosotros con la misma querencia". Y hoy estamos un tanto en esto. La visita de Obama no ha sido del que puede dar al que necesita. De quien abrió con paternalismo a la República Popular las puertas del Consejo de Seguridad de la ONU y posteriormente el lugar de miembro de la Organización Mundial del Comercio. Obama ha ido a Pekín con su país en dificultades económicas, enfangado en la guerra de Afganistán y con la incertidumbre de Iraq, un Irán adverso y provocador, los estados musulmanes –hasta los amigos– defraudados, un Israel que no le hace caso y los aliados europeos entre asustados y como sumidos en nebuloso estado de ensimismamiento. Por no hablar de la reticencia rusa.

China ya es en gran parte la que Kissinger en 1972 suponía posible si fuera fuerte. Y además opera con sagacidad, administra y cuida con talento su fuerza. Con maestría y prudencia eleva la curva imparable de su crecimiento. Dentro del país y en el exterior. Invirtiendo, creando infraestructuras y empresas, conquistando mercados en África, Latinoamérica y Asia. Todo lo subordina a esto: crecer, crecer.

Obama habló en Shanghai de derechos humanos, en un círculo cerrado de gente previamente seleccionada. Ni los medios audiovisuales, ni internet, ni la prensa escrita abrieron sus palabras a la población china. Aceptaron que desarrollara la seducción de su oratoria para que los norteamericanos supieran que se le permitió expresarse sobre los principios. Pero los hechos son otra cosa. Y ahí se impusieron la fría tenacidad, el pragmatismo, la *realpolitik* del régimen chino. Con un implícito mensaje dirigido a Estados Unidos, a Occidente: ¿No queríais la apertura general al libre mercado, la competencia capitalista? Pues ahí la tenéis.

> El presidente no encontró en Pekín la disposición a constituir una cooperación especial con Estados Unidos

También, una misiva de más amplios destinatarios: que los chinos, salidos por su esfuerzo del tercermundismo, contribuyen a que las naciones que siguen sumergidos en este se levanten, sin exigirles contrapartidas políticas e ideológicas, mediante un justo intercambio de bienes. Aunque el precio real sin duda se verá más adelante...

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL

Carlos Nadal

La apuesta ambivalente de Obama

La decisión de Obama de enviar a Afganistán 30.000 soldados más pone de relieve todas las contradicciones que encierra la acción militar allí desde que Bush la ordenó. El mismo presidente actual ha hecho saber repetidamente que hace suya la guerra afgana; no, en cambio, la de Iraq. Y ahora la que reclama mayor atención, la que coloca al presidente ante el más duro desafío internacional y nacional es la primera. En Afganistán se juega su prestigio político personal y el de Estados Unidos, hasta el punto de que puede obligar a un replanteamiento total del lugar que le corresponde en el mundo, del papel que ha de desempeñar. En sustancia puede estar en juego el concepto mismo con que Obama ofreció a su país la promesa de una remodelación a fondo de su presencia y acción no sólo interior sino mundial.

No es una exageración. Puede ocurrir que, según cómo acabe en definitiva lo de Iraq, y posiblemente más cómo se produzca el fin de lo de Afganistán, Estados Unidos tenga que alterar sustancialmente la idea de su liderazgo. Que ocurra el fin de una larga era de intervencionismo hegemónico que, con distintas formas, va desde Roosevelt a Bush júnior, pasando por nombres como Truman, Eisenhower, Kennedy, Nixon, Johnson, Reagan y Bush padre.

Se recuerda mucho el fin desastroso de la guerra de Vietnam. Pero allí, la tan temida teoría del dominó sobre el posible dominio comunista en toda Asia oriental y sudoriental no afectaba a algo esencial. En el caso del conjunto Iraq-Afganistán, sí. Hoy por hoy, supone la suerte del llamado Gran Oriente Medio: las monarquías del golfo Pérsico, Israel-Palestina, Líbano, Siria. Y nada menos que Irán y Pakistán, país este último que obliga a pensar en sus pésimas relaciones y permanentes tensiones con India, cuyo primer ministro visitó Washington en noviembre.

Estados Unidos sustituyó a Gran Bretaña en su presencia hegemónica en esta amplísima zona de primer orden económico y geoestratégico. Y actualmente esta responsabilidad está sometida a la más arriesgada de las pruebas. La decisión anunciada por Obama, el primero de mes en la base militar de West Point, conlleva la enorme carga de esta realidad. Y el presidente es consciente de esto. Lo demuestra el tiempo que ha tardado en decidir, que ha atendido el consejo de pareceres tan sólidos como distintos o discrepantes. Aquellos como el del general McChrystal partidarios de aumentar el esfuerza bélico o quienes preferirían desacelerarlo.

La decisión presidencial contiene conceptos que si parecen optar por la solución militar, dejan abierta la puerta a posibilidades poco conciliables con ésta. Habla de escalada bélica. Pero con una oportunidad de éxito del 2010 a julio del 2011, fecha en que habría de comenzar la retirada. ¿Es posible en 18 meses conseguir lo que no se ha obtenido en ocho años? Y deja abierta una brecha por si este interrogante no se aclarara. Es decir, la posibilidad de sobrepasar el plazo del 2011. Obama mostró la voluntad de "acabar el trabajo" en Afganistán. ¿Con la doble opción de dejarlo hecho a medias o habiendo conseguido un pleno éxito?

La duda existe hasta en lo que atañe a la finalidad misma de las operaciones. Señala Obama que el objetivo es "dañar, desmantelar, derrotar a Al Qaeda, tanto en Afganistán como en Pakistán". Pero al mismo tiempo "atacar y degradar la capacidad de combate de los talibanes" mientras "se potencia y acelera el adiestramiento del ejército afgano", que habría de estar formado por más de cien mil hombres. Con lo cual da a entender una singular interpretación estratégica. La de que la guerra tiene como fin combatir a Al Qaeda y sólo subsidiariamente debilitar a los talibanes, la derrota final de quienes, en definitiva, se dejaría, tal vez, al albur de un ejército afgano cuya efectividad es de suponer más que improbable.

Cuesta creer que liquidar a Al Qaeda y después dejar a los afganos la tarea de combatir contra los talibanes sea un cálculo plausible. La idea no es nueva. Obama dijo en agosto: "no estamos en Afganistán para controlar este país y decidir su futuro sino para derrotar a Al Qaeda". Criterio coincidente con el del vicepresidente Biden que no obsta para que Obama, en el anuncio de enviar más tropas pronunciado el primero de este mes, se haya referido al fomento de la consolidación política y administrativa de Afganistán.

ÓSCAR ASTROMUJOFF

El presidente decide llevar más tropas a Afganistán pero fija un plazo para comenzar su retirada

Y ahí entramos en un capítulo tan imponderable como el militar. El presidente estadounidense había dicho que aplazaba la decisión hasta ver el resultado de las elecciones presidenciales afganas, sin duda como prueba de fiabilidad en el asentamiento estatal del país. Pero las dimensiones escandalosas del fraude que llevó a la reelección del corrupto y ambiguo Karzai no ofrecen ninguna seguridad en este aspecto. Razón de más para sospechar sobre la intención de Obama cuando dijo que las tropas estadounidenses no están en Afganistán para decidir su futuro.

Cuesta, pues, evitar la suposición de quienes acusan a Obama de no decidir, en realidad, sino dejar la decisión final para el 2011. Satisfaciendo así por una parte a los partidarios de la fuerza. Y, por otra, a los aliados y a los muchos estadounidenses defraudados por la guerra.